

 La revolución
de la luna **Andrea**
Camilleri

DESTINO

La revolución de la luna

Andrea
Camilleri

Traducción de
Juan Carlos Gentile Vitale

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1425

Título original: *La rivoluzione della luna*

© Arnoldo Mondadori Editore S.p.A., Milano, 2016

I edizione gennaio 2016

© por la traducción, Juan Carlos Gentile Vitale, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2018

ISBN: 978-84-233-5339-2

Depósito legal: B. 2.337-2018

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

I

El virrey abre la sesión, pero alguien la cierra

La sesión del Sacro Regio Consejo que el virrey don Ángel de Guzmán, marqués de Castel de Roderigo, celebraba en palacio cada mañana de miércoles a las diez en punto, también aquel día, que era el 3 de septiembre de 1667, comenzó como de costumbre, siguiendo un procedimiento rígidamente establecido.

Ante todo, de las seis a las ocho, cinco criadas, una vez abiertas las ventanas para airear, habían barrido y lavado el suelo, desempolvado y lustrado los muebles del salón.

Los sillones de los seis consejeros estaban colocados tres a la izquierda y tres a la derecha del gran trono de oro reservado a sus majestades los reyes de España, que, sin embargo, no habían tenido ocasión de posar en él su augusto trasero, dado que nunca ninguno de ellos se había dignado a bajar a la isla.

Al trono se accedía tras subir seis grandes escalones cubiertos por una alfombra roja y gruesa.

A la derecha del trono, pero algo más adelantado y tres escalones más abajo, también cubiertos por una alfombra roja, estaba el trono, más pequeño y menos dorado que el otro, en el cual se sentaba el vi-

rrey. A cuatro pasos de distancia del último de los tres sillones, a mano izquierda, había una gran mesa con dos sillas. Ésos eran los sitios del protonotario y del secretario del consejo.

En la pared de detrás del trono del rey estaba colgado un enorme retrato de su majestad Carlos II de cuerpo entero, pero multiplicado por cuatro. Al lado del retrato había un enorme crucifijo de madera. Al escultor la cara de Jesús no le había salido demasiado bien: en vez de hacerla transfigurada por la agonía y el dolor la había hecho con una expresión enfurecida e indignada. Sintiéndose tan mal mirados, los consejeros, ninguno de los cuales tenía la conciencia tranquila, se encontraban a disgusto y evitaban levantar la vista hacia el crucifijo.

Una vez que salieron las criadas, entró el maestro herrero Alizio Cannaruto, que tenía el encargo de comprobar la armazón de hierro, perfectamente escondida bajo la madera dorada, que sostenía el trono del virrey, que había debido construirse aposta en sustitución del empleado con anterioridad.

Una vez que salió el maestro herrero, entraron el maestro agrimensor Gaspano Inzolia y dos ayudantes. El maestro agrimensor había verificado que todos los sillones estuvieran perfectamente alineados, ni un milímetro más adelante ni un milímetro más atrás el uno del otro. El desplazamiento, aunque fuera mínimo, de un sillón podía herir la susceptibilidad de los consejeros, ser tomado acaso como signo de benevolencia o de malevolencia por parte del virrey o como signo de arrogancia de algún componente del consejo y tener, a causa de eso, consecuen-

cias graves e interminables disputas, peleas y hasta asesinatos.

A las nueve y cuarto, las dos grandes hojas de la puerta dorada del salón habían sido solemnemente abiertas por los primeros guardias, Foti y Micciché, que se habían situado, tiesos, uno frente al otro, inclinándose ante cada consejero que pasaba entre ellos e iba a sentarse en el sitio asignado.

Habían entrado sacando pecho y vestidos de gala, uno tras otro, según la importancia que tenían en el Sacro Regio Consejo: su excelencia don Rutilio Turro Mendoza, obispo de Palermo; don Giustino Aliquò, príncipe de Ficarazzi, gran capitán de justicia; don Alterio Pignato, duque de Batticani, gran tesorero; don Severino Lomascio, marqués de Roccalumera, juez de la monarquía; don Arcangelo Laferla, conde de Naso, gran almirante, y don Cono Giallombardo, barón de Pachino, gran maestre racional.

Detrás de ellos entró el protonotario don Gerlando Musumarra, y después de él, el secretario del consejo, don Ernesto Rutè.

En ese momento, los dos primeros guardias habían ido a advertir al primer camarlengo del virrey que todos los consejeros estaban presentes y en posición de firmes esperando detrás de la puerta cerrada a que saliera su excelencia don Ángel.

Entretanto se habían hecho las nueve y media.

El virrey, el marqués don Ángel de Guzmán, cuando había desembarcado en Palermo hacía casi dos años había asombrado a todos por dos motivos.

El primero era su juventud, dado que aún no llegaba a los treinta años y ningún siciliano recordaba un virrey que tuviera menos de cincuenta.

El segundo era su gran delgadez, don Ángel no tenía un gramo de grasa, la piel estaba directamente pegada a los huesos, pesaba como máximo treinta kilos. Un viento fuerte lo habría hecho volar en el aire como una hoja seca.

Había llegado a Palermo solo, pero un mes después desembarcó de noche su mujer, doña Eleonora de Mora, española, sí, pero de familia siciliana y huérfana desde los diez años de edad. A partir de entonces permaneció encerrada en un convento, donde fue instruida, aprendiendo, entre otras cosas, el italiano, y de donde había salido sólo cuando se había comprometido. Don Ángel y Eleonora eran recién casados, dado que se habían desposado tres meses antes. De doña Eleonora se supo enseguida que tenía unos veinticinco años y una belleza espantosa, pero nadie tuvo ocasión de asustarse porque nadie tuvo la oportunidad de verla. En efecto, doña Eleonora, en cuanto llegó, permaneció encerrada en los apartamentos privados del palacio y al cuidado de las cuatro criadas que había traído de España.

Pero un mes después de la llegada de su mujer, don Ángel, bajo los ojos primero asombrados y luego cada vez más estupefactos de la corte, había empezado a transfigurarse.

El fenómeno se manifestó primero con el rapidísimo agrandamiento de la panza y solamente de ella, dado que don Ángel, siempre enjuto en el resto de

su cuerpo, una semana después, parecía una mujer embarazada de nueve meses.

Luego, la gordura pasó súbitamente a los brazos, a las manos, a las piernas y a los pies. Por último, atacó la cara. Cambió de cuarto menguante a luna llena.

Menos de seis meses después, don Ángel pesó noventa kilos, tras otros seis meses pasó a ciento cincuenta. Ahora su mole parecía estable a ciento noventa. Un elefante.

Y nada había podido detener el fenómeno. El protomédico, don Serafino Gustaloca, después de visitas y más visitas, palpa aquí, palpa allá, y de haber probado una gran cantidad de medicinas, sangrado y purgado, había perdido la esperanza y había dejado caer los brazos. Y también el grandísimo médico español, un pozo de ciencia enviado por el rey Carlos, había hecho lo mismo.

Aunque estuviera una semana en completo ayuno, sin beber siquiera una gota de agua, el virrey continuaba ensanchándose como un cerdo puesto al engorde.

El sastre de la corte, Artemio Savatteri, en poco tiempo se hizo de oro. Debió contratar a cuatro ayudantes porque cada semana había que rehacer desde el principio todo el guardarropa del virrey.

A las nueve y treinta y cinco la puerta se abrió por completo y don Ángel fue trasladado de las manos de los dos ayudas de cámara que lo habían auxiliado para vestirse a las manos de los dos guardias. Don Ángel cogió del bracete a Foti y Micciché y, apoyán-

dose en ellos, comenzó a avanzar hacia el salón del consejo.

Para él no era fácil caminar. Dada la gordura de los muslos, para dar un paso no podía llevar el pie hacia delante como exigía la naturaleza, sino que debía desplazar primero toda la pierna de lado y luego adelantar el pie.

Pero, de esa manera, su cuerpo perdía el aplomo, se desequilibraba y acababa pesando sobre la pierna adelantada y, por eso, quien lo aguantaba de ese lado debía ser capaz de cargar con toda aquella gran masa de carne. Si por desgracia perdía el equilibrio, lo aplastaría el virrey, caído encima de él.

En cuanto don Ángel apareció en la puerta del salón, todos los consejeros se pusieron de pie, hicieron una profunda inclinación llevando la mano derecha al corazón y esperando a que el virrey se hubiera acomodado en el trono para volver a sentarse.

Pero don Ángel solía detenerse un momento en la puerta para recuperar el aliento. Y en el silencio general su respiración atronaba como un poderoso fuelle accionado lentamente. Luego reanudó el paso, que más que una simple caminata parecía la navegación de un barco que cabeceaba y oscilaba sobre un mar agitado.

Pero lo peor estaba por llegar.

Había que subir los tres escalones que llevaban al trono.

Para ayudar a los dos guardias habían sido designados el protonotario Musumarra y el secretario Rutè, que corrían a ocupar el sitio de Foti y de Miccichè.

Ante el primero de los tres escalones, Foti se agachaba, cogía con las dos manos el pie izquierdo de don Ángel, lo izaba con esfuerzo, lo llevaba hacia delante y lo posaba en tierra.

Pero haciendo así, todo el cuerpo del virrey se inclinaba peligrosamente hacia atrás y, para impedir la caída, Miccichè lo mantenía derecho desde detrás de los hombros con los dos brazos extendidos y el cuerpo, a su vez, inclinado hacia delante y con los pies clavados en el suelo para hacer de contrapeso. Luego, también el protonotario y el secretario se ponían a espaldas de don Ángel y lo empujaban hasta que aquél subía al primer escalón.

Después de dar tiempo a don Ángel para que resoplara más fuerte, descansando un poco, la operación se repetía igual para el segundo y el tercer escalón.

Finalmente, a las diez en punto, los ciento noventa kilos de carne se desplomaban sobre el trono, cuya armazón de hierro vibraba durante algunos minutos.

Pero la apertura de la sesión se retrasaba todavía un poco porque todo el consejo se quedaba hechizado mirando la papada gigantesca de don Ángel, que durante un rato temblaba como un flan, debido a las vibraciones transmitidas por la armazón de hierro.

Acabado el temblor de la papada, don Ángel hizo una señal al protonotario, y don Gerlando Musumarra puesto en pie, en nombre del virrey declaró abierto el consejo y se sentó. Luego se levantó el secretario, que pidió permiso para leer las cuestiones que había que discutir.

El virrey se volvió para mirar el trono vacío del rey.

Era su costumbre hacerlo siempre antes de dar una respuesta, como si quisiera significar que él era solamente el portavoz de la voluntad de su majestad.

Pero esta vez se quedó mirando el trono y no respondió al secretario.

El cual, persuadido de que don Ángel ni siquiera lo había escuchado, después de haber consultado con una mirada al protonotario, repitió la pregunta.

No hubo respuesta, don Ángel seguía inmóvil, con la cara vuelta al trono.

Don Ángel había sido un buen virrey, pero en los últimos meses se le había ido un poco la cabeza. De inmediato había demostrado ser una persona honrada, respetuosa de la ley y de los hombres, dispuesta a condenar la injusticia y el abuso, la prepotencia y la arbitrariedad. Luego había aflojado las riendas y ahora los consejeros hacían lo que querían.

Desde luego debido a la enfermedad, pero también quizá por culpa de un rumor que circulaba desde hacía algún tiempo entre los nobles del consejo. El rumor era que la enfermedad había engordado de manera elefantiásica todas las partes del cuerpo de don Ángel, menos una, precisamente aquella que distingue al hombre de la mujer, que se había convertido, dadas las nuevas proporciones del resto, en casi inencontrable, una aguja en un pajar. Su pobre mujer, Eleonora, decían las malas lenguas, debido a la forzada abstinencia, se había vuelto taciturna y melancólica, y don Ángel sufría mucho por la situación.

A la segunda falta de respuesta, los consejeros se miraron, desconcertados.

¿Qué debían hacer?

¿Se podía repetir por tercera vez la pregunta? ¿Era lícito interrumpir el diálogo mudo entre el virrey y su majestad? No, no era lícito. Pero ¿se podía perder toda la mañana contemplando al virrey mirando al trono vacío del rey?

Después de cinco minutos de silencio, el príncipe de Ficarazzi, que en calidad de gran capitán de justicia venía en importancia inmediatamente después del virrey, se levantó y se acercó al trono.

Dado que era mucho más bajo de lo normal, pero siempre más alto que un enano, debió subir los tres escalones para estar al nivel de don Ángel. Y aquí se dio cuenta de que el virrey tenía, sí, la cara vuelta hacia el trono, pero que sus ojos estaban perdidos, no miraban a nada, o quizá a algo tan lejano que era igual a nada. El príncipe de Ficarazzi se quedó paralizado, un poco espantado y sin saber qué hacer o qué decir.

Pero el virrey advirtió su presencia. Primero hizo un gesto como para alejar a una mosca fastidiosa, luego sus ojos enfocaron, lentamente, la cara del príncipe. El cual, de inmediato, bajó y volvió a sentarse, a la carrera.

Don Ángel volvió la cabeza para mirar a su alrededor para persuadirse de dónde se encontraba, como si se hubiera despertado de una buena siesta. Cuando vio al secretario de pie, lo miró, extrañado.

El secretario entonces repitió por tercera vez la pregunta.

Don Ángel volvió la cabeza por un instante hacia el trono y luego le hizo señas de que le concedía el

permiso. Todos respiraron aliviados. La sesión estaba comenzando a desarrollarse como de costumbre.

El secretario dijo que el primer asunto que discutir concernía a la disputa entre el obispo de Catania y el obispo de Messina en relación con los dos testamentos de la baronesa de Forza d'Agrò, en uno de los cuales lo dejaba todo a la iglesia de Messina y en otro a la iglesia de Catania. Los dos obispos habían apelado al consejo para obtener justicia y había que dar una respuesta urgente.

El virrey primero miró al trono y luego al obispo Turro Mendoza.

Éste se levantó con una sonrisita maligna. No había ninguno de los presentes en el salón que no supiera ya lo que habría dicho el obispo. Todos conocían la guerra que mantenían desde hacía años Turro Mendoza y Gioacchino Ribet, obispo de Catania.

Era una guerra a golpe de rumores, insinuaciones, medias palabras y calumnias. Ribet había hecho correr la voz de que Turro Mendoza practicaba el «pecado nefando» con los monaguillos, y Turro Mendoza había replicado con la historia de que Ribet había dejado embarazada a una monja y luego la había hecho matar para evitar el escándalo.

El obispo de Palermo, tan gordo y bajo que parecía un balón, tenía un tono de voz que cuando hablaba desde el púlpito lo oían hasta en Cefalù. Más que decir palabras, disparó cañonazos. Dijo que Gioacchino Ribet era un bribón sin escrúpulos y que el testamento que asignaba la herencia a la iglesia de Catania era manifiestamente falso. Sostuvo que había

ordenado hacer atentos exámenes y que tenía las pruebas de cuanto decía.

El virrey preguntó a los presentes si tenían algo que decir al respecto.

Nadie chistó. Entonces, don Ángel, después de mirar el trono, dijo que la cuestión estaba resuelta a favor del obispo de Messina.

El secretario volvió a levantarse y leyó el segundo asunto por discutir. Era algo muy delicado. Según varias denuncias anónimas, de las tasas que pagaban los ciudadanos de Bivona llegaban a las arcas del Estado aproximadamente la mitad, porque la otra mitad se la embolsaba el encargado de la recaudación. El cual era nada menos que el marqués Aurelio Spanò di Puntamezza, hombre riquísimo y poderosísimo, persona a la cual no se podía hacer la afrenta de dudar de él.

Mientras el virrey se volvía para mirar el trono, don Cono Giallombardo, gran maestre racional, a quien correspondían los asuntos de tasas, se dispuso a hablar.

Y como había ocurrido con el obispo, ninguno de los presentes ignoraba ya lo que iba a decir.

Era sabido por todos que Griselia, la bella nieta predilecta de don Cono, a la cual idolatraba, era la amante de Tancredi Spanò, hijo mayor del marqués de Puntamezza. Y todos sabían que la palabra de la muchacha era ley para el gran maestre racional.

El cual, cuando le tocó hablar, sostuvo que esas cartas anónimas eran una infamia, no debían ser tomadas en consideración, ya que querían manchar a un hombre conocido por su rectitud, y que del honor del marqués de Puntamezza no se debía ni siquiera hablar.

Nadie chistó. El virrey miró al trono y luego declaró que la cuestión no era digna de ser examinada por el consejo y quedaba descartada también de aquéllas por discutir en el futuro.

El tercer tema que planteó el secretario fue el de la *Gloriosa*, la nave de guerra que, recién varada y en su primera salida al mar, había ido a chocar contra un escollo y se había hundido provocando la muerte de quince marineros. El comandante de la *Gloriosa*, Aloisio Putifarre, culpaba del accidente a que el timón no respondía al mando del timonel, puesto que la nave había sido mal fabricada por el astillero de Messina, que había escatimado en el material. El jefe del astillero decía, en cambio, que la culpa era totalmente de Putifarre, quien a menudo y de buena gana le daba a la botella.

El virrey, después de mirar al trono, dio la palabra al gran almirante don Arcangelo Laferla, conde de Naso.

El conde no habría tenido necesidad de abrir la boca en cuanto todos sabían que hacía muchos años que el jefe del astillero de Messina iba a medias con él.

Por eso, el pobre comandante Aloisio Putifarre, en un santiamén, se encontró degradado, expulsado de la Marina y enviado a la cárcel como único responsable del accidente.

El secretario se había levantado de nuevo, pero don Ángel le hizo señas de que se acercara. El secretario se detuvo delante de los tres escalones. El virrey lo invitó con la mano a subir y, cuando lo tuvo a tiro, le dijo algo al oído.

El secretario salió a la carrera del salón. Volvió

poco después seguido por Foti, que sostenía un biombo bajo el brazo, y por Miccichè, que tenía en la mano un orinal cubierto por un paño blanco.

Ya había ocurrido dos veces el mes pasado que a don Ángel le había sobrevenido una necesidad urgente, pero, entre bajar del trono, atravesar el salón, llegar a sus apartamentos, alcanzar el retrete, orinar, volver, atravesar de nuevo el salón y subir los tres escalones se había perdido como mínimo una hora. La solución que encontró el protonotario y que hizo llegar discretamente al virrey era la mejor.

Los dos guardias abrieron el biombo delante del trono y luego desaparecieron detrás de él. En el silencio, todos escucharon la respiración fuerte y fatigosa del virrey, que se levantaba, y luego el ruido del líquido que salpicaba dentro del vaso de porcelana. Se necesitaron unos buenos diez minutos. Luego finalmente Miccichè reapareció con el orinal cubierto y salió del salón mientras Foti, una vez plegado el biombo, lo seguía de cerca.

La sesión podía continuar.

Pero no continuó.

Porque todos se percataron de que ahora don Ángel estaba con los ojos cerrados y temblaba tan fuerte que la papada se bamboleaba a diestro y siniestro.

«¿Qué coño te pasa ahora?», pensó preocupado el protonotario.

—¿Por qué tiembla? —preguntó don Alterio al obispo.

—Quizá también necesite liberar el intestino —aventuró Turro Mendoza.

Sin abrir los ojos, el virrey dijo:

—Tengo frío.

Todos se quedaron estupefactos. ¡¿Frío?! ¿El 3 de septiembre y con un sol aún de agosto que partía las piedras?

El secretario salió a la carrera del salón, fue a hablar con Foti y Miccichè y luego volvió a su sitio.

Don Cono Giallombardo se armó de valor y se inclinó para hablar en voz baja con don Arcangelo Laferla. Para mayor precaución, se puso la mano delante de la boca.

—¿No sería oportuno hacer saber a su majestad que nuestro querido virrey no está bien de salud?

Don Arcangelo lo miró, dubitativo.

—¿Lo dice en serio o bromea?

—En serio.

—¿Y a nosotros nos convendría que en vez de don Ángel viniera un virrey que estuviera bien de cuerpo y mente?

—Ah, sí —dijo don Cono, cerrando la conversación.

En el salón entraron los dos ayudas de cámara con una manta, que colocaron encima de las piernas de don Ángel.

Éste, después de un momento, hizo señas al secretario de que podía hablar.

Don Ernesto Rutè se levantó y empezó:

—Ahora habría una petición del fiscal de Castrogiovanni...

—¿Eh? —interrumpió don Ángel.

El secretario tosió, para aclararse la garganta, y repitió con voz más alta:

—Se trata de la petición del...

—¿Eh? —dijo otra vez don Ángel.

¿Se había quedado sordo?

El secretario se llenó los pulmones de aire, volvió a abrir la boca...

—¿Eh? —dijo aún don Ángel antes de que aquél hubiera hablado.

Entonces, todos comprendieron que no era una cuestión de sordera. El virrey se dirigía a alguien de quien no comprendía las palabras y que, desde luego, no se encontraba dentro del salón. Luego, don Ángel puso los ojos en blanco, como por un gran pasmo, y volvió lentamente la cabeza hacia el trono.

Pasaron algunos minutos más.